

Si su luz se apaga

Rober Lago

Copyright © 2014 Rober Lago
Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-84-617-0666-2

A mis siete luces por haberme guiado
A ti Raquel por creer en mí
A mi familia y a mí mismo

A todo aquel que cree en alguien

ÍNDICE

Capítulo 1	7
Capítulo 2	25

Sueños de sombras

1

Allí estaba, esperando absorto en el paso de cebra. Hay ciertas cosas que nunca cambian, ideas que uno se guarda para sí mismo. Son pensamientos en voz baja que se repiten y que, si rara vez se comparten, no suelen ser entendidos.

La luz del semáforo seguía en rojo. Desde que podía recordar siempre había imaginado que aquella posición enfrentada marcaba el inicio de un duelo a muerte en las aceras. Personas desconocidas que retaban a otras personas desconocidas, permaneciendo en tensa calma hasta que aquella señal implacable dictaminara el inicio de la disputa. No podía evitar que se le acelerara levemente el corazón al sentir que se acercaba la hora.

El semáforo se puso en verde. Isaac simplemente cruzó la calle, al igual que siempre, al igual que el resto. Habría que esperar a la próxima vez. Como tantas otras veces, no pasó nada.

Caminaba con gesto grave en dirección al centro, mientras meditaba con la mirada perdida. Parecía un muchacho como cualquier otro, y en cierto modo lo fue hasta que, lamentablemente, ciertos cambios le fueron afectando. No era necesario unir cada revés que sufrió para asegurar que su vida

tuvo, sin duda, más sombras que luces; ni siquiera para prever que una de aquellas le marcaría para siempre.

De pequeño fue criado por su madre, que murió ocho años después de dar a luz a Isaac. Visto desde fuera, su pérdida no pareció afectarle demasiado, pero a partir de entonces no terminaba de encontrarse cómodo en ninguna situación. A pesar de todo, trataba de reflejar normalidad, y de algún modo lo conseguía en la mayor parte de las ocasiones. Antes de conocerle, nadie diría que llamaba la atención, probablemente porque él siempre solía ocuparse de pasar inadvertido.

Como era menor y dado que su padre desapareció antes de que él naciera, asuntos sociales se hizo cargo de su caso. Tras un peregrinaje por varias casas de acogida, finalmente fue derivado a un centro de menores; pero por desgracia su edad no facilitaba la labor de encontrarle una familia, y su actitud tampoco ayudaba demasiado. A pesar de que las parejas que acudían al centro con ánimo de adoptar, en la mayor parte de los casos, eran conscientes de antemano del reto que suponía acercarse a un niño que residía en el centro de menores — con las dificultades añadidas que ello conllevaba— nadie optaba por Isaac. Probablemente en parte se debía a que, cuando conversabas con él, siempre tenías la sensación de estar hablando con una persona coherente, incluso educada, pero había algo en él que no terminaba de convencer.

El centro de menores que le asignaron era conocido como el Hogar de Abraham. Se trataba de un antiguo e imponente edificio originariamente construido a las afueras que, con el inevitable paso del tiempo, había contemplado indiferente cómo la ciudad le había engullido. Las paredes, ejecutadas con bloques de piedra ahora degradados y los ventanales, prácticamente inexistentes en su fachada, no se diseñaron para proporcionar una calurosa bienvenida. El propio edificio parecía aconsejar rapidez a las visitas e insistía a los internos que, a pesar de su nombre, aquel no era un hogar.

Desde que alcanzó la edad suficiente para abandonar el centro, le prometió a Sebastian, el director, pasar por allí de

manera habitual, simplemente para conversar. En condiciones distintas, no habría aceptado semejante acuerdo con nadie, pero aún mantenía un profundo respeto hacia él. La cita se repetía el primer lunes de mes, siempre a última hora del día. Hasta el momento, ya con veintiún años, nunca había faltado a su palabra.

Aun así, cada vez que Isaac entraba en el recinto, sentía una ligera sensación de presión, hasta percibía que le cambiaba el humor. Desde el mismo momento en el que accedía por el enorme portón de madera a aquel pasillo saturado de baldosas desniveladas, ya estaba deseando irse, y más ahora que tenía la libertad de hacerlo.

De alguna manera, se trataba de un lugar incómodo para cualquiera, pero ejercía un efecto aún más profundo en aquellos que habían pasado en él largas temporadas. Este efecto no venía provocado porque allí se produjeran censurables, o incluso condenables comportamientos, como desgraciadamente sí sucedía en otros centros. Sebastian se implicaba de manera muy personal en que no existiera el menor atisbo de conducta reprochable hacia los chicos. No obstante, el ambiente que se respiraba, ese olor característico de recinto público, el sonido siempre con eco que predominaba, la sensación gélida que te embargaba; todo hacía que cualquiera se sintiera, cuanto menos, inquieto. Cualquiera, menos ella.

Tendría la edad de Isaac, pero, a juzgar por su apariencia, no parecían haber respirado el mismo aire. Allí era insólito, e incluso ofensivo, ver a alguien ajeno al centro con rostro animado, como disfrutando de su estancia. Sin embargo, en este caso, su alegría resultaba de lo más natural. Era morena, con ojos claros y presencia modesta, pero su imagen brillaba extrañamente por encima de las demás.

Para Isaac, era de ese tipo de chicas que llaman más la atención la segunda vez que las ves, si bien siempre le había resultado insultante tal exhibición de felicidad y más aún en aquel entorno. En resumen, por su aspecto era inaceptable pensar que aquella chica tuviera algún tipo de relación con el

centro, y a pesar de ello, inexplicablemente solía encontrarse con ella en la mayor parte de sus visitas; siempre ajetreada con apuntes, en algún punto entre la parada de autobús junto al propio edificio y la puerta del despacho de Sebastian.

Hasta ahora, tan sólo habían intercambiado gestos de cortesía, la mayor parte en la sala contigua al despacho. Se trataba de una estancia fría, con toda seguridad diseñada para un diferente propósito, y engalanada con cuadros antiguos que no aparentaban sentir nada. Las sillas rodeaban la habitación, como si estuvieran colocadas para contener el peso de las paredes.

A pesar de que aquella era como la sala de espera de un dentista, donde a nadie le apetece hablar demasiado, a ella parecía no importarle y siempre encontraba el momento para regalarle una media sonrisa.

Aquel día, por vez primera, cuando Isaac llegó al centro ella ya estaba allí esperando su turno. Miraba ensimismada sus apuntes, con los pies descalzos y las piernas recogidas, de manera que se sentaba sobre ellas. Las sillas no estaban diseñadas para proporcionar confort precisamente y aquella postura no parecía la más cómoda posible, pero, a juzgar por su gesto, se debía sentir como en casa. Enseguida notó la presencia de Isaac y esta vez se apresuró a hacerlo notar.

—Me he adelantado —dijo ella con tono burlón, mientras saludaba con un movimiento de cabeza.

Isaac se quedó cortado durante un segundo. Aquella aparente muestra de confianza le había cogido desprevenido y no sabía muy bien qué decir. A pesar de que obviamente fue un comentario sin malicia, a él no le hizo demasiada gracia. Hasta aquel momento, casi nunca había tenido que esperar para entrar a hablar con Sebastian. Ahora debía aguardar a su turno, y encima aquella chica lo remarcaba con pitorreo.

Una de las razones por las que siempre se presentaba en el despacho a última hora era precisamente porque no deseaba permanecer en el centro más tiempo del necesario. Con toda probabilidad, ese fue el motivo por el que decidió recuperar la compostura de inmediato bromeando con ella.

—De eso justamente debería hablar contigo —comentó Isaac carraspeando y cambiando el tono de la conversación—. A ver, por dónde empiezo —dijo ganando tiempo—. Mi nombre es Thomas y trabajo para el Departamento de Sanidad. Vengo una vez al mes para comprobar el estado de las instalaciones y hoy he detectado una anomalía grave —añadió ya lanzado, menos dubitativo de lo que cabría esperar—. Así que debería pasar al despacho del director lo antes posible, para asegurarme de que realiza los cambios necesarios, o se verá obligado a cerrar temporalmente el centro —remató travieso su fábula mientras cruzaba mentalmente los dedos esperanzado—. Si me permites, claro.

Mientras defendía su monólogo, había fingido revisar brevemente uno de los extintores de la sala, al tiempo que se cuestionaba a sí mismo si aquel detalle sería en realidad competencia o no de su teórico departamento.

—¿En serio? —cuestionó ella extrañada—. Pues no te preocupes, bueno, mi nombre es Emmy. No tengo prisa, pasa tú primero —expresó con increíble dulzura.

Isaac, aparentemente imperturbable, asintió con la cabeza en gesto de agradecimiento y se sentó en una de las sillas. El silencio volvió a reinar durante unos minutos.

—Y Thomas..., ¿es peligrosa? —preguntó ella con curiosidad de manera inesperada.

—¿Qué? —dijo él mirando a su alrededor. Había comenzado a pensar en su futura conversación con Sebastian y se había olvidado de su propia ficción—. Ah, ¿la anomalía?, humm..., sí, bueno, no demasiado si la pillamos a tiempo. Es poco habitual, pero soy un experto —expuso exultante recuperando la compostura.

—¿Un experto? —Se le escapó a ella una ligera risa—. Ah, pues me quedo más tranquila entonces. Yo estoy aquí porque opto a la nueva plaza de psicóloga del centro y de vez en cuando vengo a hacer prácticas. No quisiera trabajar expuesta a riesgos —expuso amigable con su relajante y perpetua sonrisa.

Isaac no podía creer que se hubiera creído semejante

cuento.

—Pues sí, no te preocupes..., bueno, y muchas gracias, el Departamento de Sanidad de la ciudad te lo agradece — declaró, aunque de inmediato sintió arrepentimiento por exagerar su personaje.

En cualquier caso, no pudo evitar mostrar cierta satisfacción masculina tras recuperar el orgullo perdido y lograr reducir la duración de su estancia en el centro. Así pues, esperó unos minutos hasta que concluyó la cita previa y, tras reflexionar sobre su próxima conversación con Sebastian con un profundo suspiro, se dispuso a entrar en el despacho no sin antes hacer un nuevo gesto de agradecimiento a aquella ingenua adorable.

Hablar con el director le exigía un examen previo de conciencia, como si de un acto de confesión se tratara. Aún peor, pues en él raramente los pecados no son absueltos y Sebastian no tenía un carácter tan predispuesto a perdonar, por lo que el semblante de Isaac solía cambiar de manera inconsciente.

En ese momento siempre le inundaba el deseo de dejar de ir a aquellas reuniones, pero en el fondo agradecía tener una excusa para verle. Era la única persona con la que realmente parecía sincero, aunque a veces quizá lo fuera demasiado.

—No entiendo muy bien por qué tengo que venir aquí una y otra vez. Usted está siempre muy ocupado y yo no voy a cambiar —dijo Isaac, aceptando la realidad, con tono honesto.

—Quiero que vengas porque me preocupas —respondió Sebastian—. Utilizar el ingenio para desafiar a tu orientador, no es inteligente. Así que deja de hacer esas tonterías. Aprende que no se soluciona nada vengándote de alguien sólo porque puedas hacerlo, por mucho que ese tipejo te hubiera intentado utilizar. Debías haber hablado conmigo. Lo he puesto en conocimiento de la Coordinadora de Centros y te van a adjudicar un orientador nuevo, que supervise

correctamente tu progreso fuera del centro de menores. —En ese instante, cambió el tono—. Te conozco desde hace ya mucho y te lo he dicho siempre: podrías hacer más, ayudar más, ser capaz de cualquier cosa. Por aquí pasan cientos de chavales y sé reconocer cuándo alguien tiene potencial y me molesta sobremanera que lo desaproveches.

—¿Hemos terminado ya? Porque he quedado conmigo mismo dentro de cinco minutos y no me gusta la gente impuntual —bromeó Isaac, que parecía disfrutar molestando a Sebastian.

—No, no hemos terminado, pero tienes razón, ya no sé por qué vienes. Te da lo mismo lo que te diga. Así que, he estado pensándolo. Considero que ya no sirve de nada que vengas aquí más. Te libero de tu compromiso. Tendrás que afrontar el hecho de que ya nadie va a sacarte las castañas del fuego. Cuando vienes aquí parece que sólo buscas sentirte mejor y no aprovechar la oportunidad para ser mejor. Lo siento, pero a partir de ahora tendrás que pensar que estás solo. —Sus palabras parecían entrenadas frente al espejo.

—¿A partir de ahora? Soy huérfano, ¿sabe?, resulta curioso que usted no sepa el significado de esa palabra —manifestó Isaac con sarcasmo, haciéndose el sorprendido.

—Ser huérfano no significa estar solo. Eso es algo que te has autoimpuesto porque quieres y la ausencia de tus padres no debería servirte de excusa para comportarte de ese modo. Jamás me rendiré contigo, pero creo que estar obligado a venir aquí ya no te hace ningún bien. No sé, confío en que será lo mejor. Llegado el momento, a un árbol se le retira su tutor cuando no requiere de apoyo. Tú ya no eres un niño y por tanto no requieres de una figura paterna.

Desde que podía recordar, Sebastian acostumbraba a utilizar metáforas y citas para hacerse entender. Generalmente, y de manera inconsciente para su interlocutor, ese tipo de hábitos le dotaban de una especie de aura de sabiduría, que se veía intensificada por su barba canosa.

—Debes responsabilizarte y comenzar a ser tu propio modelo a seguir —añadió con afecto. Siempre había tratado a

Isaac con un cariño especial.

—Está usted en lo cierto —respondió, mostrando de manera intencionada cierta indiferencia—. Venir aquí ya no me hace ningún bien.

Tras sus palabras se mantuvo un tenso silencio de tres segundos, que procuraba dar tiempo para que alguno de los dos se retractara.

—Bueno, pues entonces he de irme. Agradezco sinceramente su trato todos estos años —sentenció mientras se levantaba de la silla.

Antes de marcharse, se dieron la mano y a Isaac le pareció percibir que Sebastian alargaba el apretón. Retiró respetuosamente la silla y se encaminó hacia la puerta.

—¡Isaac! —dijo el director cuando él fue a cruzar el umbral de la entrada de su despacho—. Sabes que mi puerta siempre estará abierta —concluyó.

Él le hizo un leve gesto, asintiendo con la cabeza, y se marchó.

Al salir por la puerta tuvo tiempo de escuchar a Sebastian decir a una tal Lucía que pasara. La supuesta psicóloga se levantó, recogió sus apuntes, le buscó con la mirada durante un segundo, y dedicándole una mueca pícaro, se dispuso a entrar en el despacho.

—Espero que el Departamento de Sanidad haya quedado satisfecho —dijo ella al atravesar la puerta, mientras Isaac se esforzaba por evitar sonreír.

A pesar de que con toda seguridad no lo habría querido reconocer, aquellas palabras de Sebastian le afectaron sensiblemente. En los últimos años se había sentido protegido, siguiendo desde la distancia sus sugerencias y su ejemplo de conducta. No es que le hiciera caso en cada recomendación, pero, tras hablar con él, conocía qué límites no debía sobrepasar.

Por primera vez en su vida, no iba a disponer de aquellas líneas que hasta entonces habían marcado su camino, ni

siquiera de señales que le guiaran. Pero por otra parte, a partir de ese momento comprobaría, ahora sin los consejos de Sebastian, cuál era su verdadera naturaleza. Por extraño que parezca, aquella discusión forzó a Isaac a replantearse su forma de vida.

El centro proporcionaba una educación básica y el aprendizaje de un oficio para que, cuando los chavales se marcharan de allí, pudieran labrarse un futuro. Lamentablemente, debido a la falta de medios, eran mínimas las opciones existentes para diseñar con plena libertad un porvenir propio.

Finalmente, los chicos solían optar por dos salidas en la mayor parte de los casos: dando la espalda a la educación recibida e involucrándose en actividades no siempre lícitas; o usando esa educación para luchar por un futuro laboral, muy posiblemente precario, en una profesión sentida como impuesta.

En el caso de Isaac, su formación le había conducido a la profesión de soldador de manera irremediable. Con el tiempo, llegó a trabajar como autónomo, pero debido a su escaso salario sólo podía permitirse compartir piso en uno de los edificios cedidos por el ayuntamiento. Pagando una reducida cuota, cualquier chico en su situación podía hacer uso de un pequeño apartamento situado en uno de los barrios pobres de la ciudad.

Probablemente debía estar agradecido, pero siempre había sentido que aquel no era su lugar. Por desgracia, ese sentimiento no le resultaba extraño en absoluto, puesto que en ciertas ocasiones ni siquiera se había llegado a identificar consigo mismo. Una de esas sensaciones que le habían perseguido durante toda su vida.

Aun así, Isaac disfrutaba relativamente con parte de su trabajo. Su labor se centraba en llegar, soldar aquello que le pedían y marcharse por donde había venido. Tan sólo debía llegar puntual y realizar su cometido lo mejor posible. Sin charlas de jefes, reuniones de equipos, ni órdenes cambiantes que cumplir. Además, es probable que para él ese trabajo

tuviera un significado especial. Siempre le había parecido entretenido unir piezas que estaban separadas, y comprobar cómo perduraba esa conexión con el paso del tiempo.

Sin embargo, la verdadera cuestión que se planteaba ahora es si debía conformarse con esa forma de vida, con esa versión de sí mismo. Visto de otro modo, siempre se había preguntado cómo sería su propio camino si intentara avanzar introduciendo un cambio de dirección.

No tenía experiencia en ningún otro trabajo, así que sería difícil continuar con la voluntad marcada por Sebastian para él si abandonaba su oficio. Con toda probabilidad, terminaría distanciándose de ella de manera inconsciente, deambulando en su recorrido como ya hizo de niño, en un futuro probablemente menos ético, pero más fácil.

Con ese pensamiento resonando como un eco en su cabeza fueron pasando las semanas.

Así fue hasta que una noche, volviendo del trabajo en el metro, tuvo que hacer transbordo en una parada del centro. Por lo general, y siempre que fuera posible, se desplazaba de un lugar a otro a pie. Le gustaba aprovechar cualquier oportunidad para dar un paseo, pero el mal tiempo de aquella noche recordaba forzosamente la próxima llegada del invierno.

A pesar de estar situada en el propio corazón de la ciudad y de ser una de las más antiguas, aquella estación se había mantenido al margen de reformas o de trabajos de conservación. Nadie habría reparado en el cercano y abatido techo, decorado a lo largo de los años con brochazos de hollín; ni en las paredes, cuyos azulejos parecían estar mudando de piel; ni siquiera en su menguante tamaño, con capacidad insuficiente como para adaptarse a los nuevos tiempos.

No obstante, obviando aquel palpable deterioro, la clásica estación lograba evocar un pasado en el que esas obras gozaban de mayor esplendor artístico.

Mientras Isaac esperaba al tren, y pese a tratarse de una hora punta, con máxima afluencia de pasajeros, pudo reparar en que alguien estaba tratando de meter la mano en su mochila sin su consentimiento.

—Creo que te estás confundiendo —declaró sin girarse—. ¿No deberías estar ya en casa? —preguntó en voz alta, aunque conociera la respuesta.

—¿Qué dices? —contestó impertinente un pequeño delincuente a su espalda. Era un niño de unos trece años, no más.

Isaac se volvió hacia él y le puso una mano sobre el hombro. Sin fuerza, pero con firmeza.

—Digo que tú y tu amigo de la gorra deberíais iros a casa —susurró y, sin dejar de mirarle, hizo un leve gesto con la cabeza hacia un lado. Señalaba a otro chico con gorra oscura, que se apoyaba en la pared sin saber muy bien qué hacer—. También digo que vayáis a ver al cabrón que os paga por esto y le digáis que lo vais a dejar y luego lo dejáis. —Isaac le miraba directamente a los ojos, como si pudiera convencerle con una mirada fija y penetrante.

El chico estaba perplejo. Con toda seguridad, repetía mentalmente los pasos dados, procurando entender cómo Isaac se había dado cuenta de que intentaba robarle.

—Te lo digo otra vez, déjalo. Sé de lo que hablo, esto no te lleva a ningún sitio —expuso de nuevo con sinceridad.

Para entonces, el tren ya había llegado a la estación y los pasajeros iban accediendo atropelladamente a los vagones. Isaac escuchó con claridad el pitido que avisaba de la salida del convoy, pero permaneció inmóvil, esperando la réplica del muchacho. En realidad no tenía prisa alguna por llegar a ningún sitio y allí se sentía cómodo, es más, se encontraba incluso distraído. Ciertamente no sabía nada de psicología y tampoco es que fuera un virtuoso de la oratoria emocional. Aun así, por la cara de aquel chico, tenía la convicción de que realmente había conectado con él, llegando incluso a persuadirle para que lo dejara. Esperó su respuesta confiado.

—Vete a la mierda.

Parecía que el chaval hubiera saboreado cada palabra, mientras quitaba la mano de su hombro con un manotazo. Inmediatamente después, se dispuso a marchar junto a su amigo, no sin antes mostrar una última y nítida mirada de repulsión.

Isaac estaba atónito. Se encontraba en un estado intermedio entre la sorpresa mayúscula ante semejante contestación y la risa contenida causada por su acentuada capacidad para leer el estado de ánimo en los rostros de la gente.

A partir de entonces, una idea le rondaría. Sebastian siempre le había animado a ayudar, pero de manera abstracta, genérica, y hasta ahora no había reparado en qué podría aportar y a quién podría echar una mano. No era una cuestión de falta de confianza en sí mismo, es que racionalmente sentía que alguien con su experiencia vital no podría ejercer un efecto positivo en nadie, y menos a largo plazo. Pero su razonamiento había cambiado, o al menos su perspectiva.

A lo largo de los años, Isaac había conocido a voluntarios muy diferentes y, por lo general, había llegado a apreciar su labor. En aquellos tiempos, y a pesar de que lo intentaron en numerosas ocasiones, ninguno conseguía llegar hasta él. Era un niño orgulloso, con el que resultaba complicado mantener una conversación. Ciertamente era que no recordaba que ninguno le hubiera ayudado especialmente, al menos los primeros meses tras la muerte de su madre, pero la experiencia le había enseñado que los recuerdos no suelen ser sinceros.

Sin embargo, ahora comprendía que pudo estar equivocado, que siempre le habían tratado de prestar ese apoyo. Sabía reconocer que poco a poco había agradecido de manera inconsciente que aquella gente sumara sus esfuerzos. La única diferencia para él era que, hasta entonces, su ayuda había sido una contribución invisible, en la sombra.

Es verdad que cada una de esas personas estaba motivada por una razón distinta, pero eso realmente no importaba

demasiado. Lo principal, visto en perspectiva, era que luchaban por ello cada día.

Ahora entendía que podría usar sus vivencias con el propósito de orientar a chicos en el centro, ellos no necesitaban un modelo de conducta intachable, sino simplemente apoyo. Pensaba que con un poco de práctica podría llegar a influir favorablemente en ellos, pues sabía lo que no querían oír y lo que debían entender, y creía saber cómo decirlo.

Era cierto que cada chico tenía sus propios demonios y que su primera incursión, por así decirlo, aconsejando chavales en el metro no había sido un éxito, pero aun así había disfrutado con ello y creía con sinceridad que disponía de habilidades que aportar. A pesar de las veces que habría renegado de algunos consejos de Sebastian reconocía que era la persona que más le había influido, pues su intuición sobre él iba camino de cumplirse.

Finalmente, tras confirmar que no se trataba de un interés pasajero, decidió ir a hablar con Sebastian. Con el tiempo, consideró que había madurado la idea lo suficiente como para poder compartirla con él. Habían pasado sólo unos meses y casi le molestaba tener una razón para volver tan pronto al centro. Como si sintiera una ligera sensación de rendición. Sin embargo, ya no le visitaba porque estuviera obligado. Por una vez se dirigía a verle al centro satisfecho de sí mismo.

Accedió por la puerta del centro como un adolescente que entra en su habitación, que siente que cada recuerdo que puede ver forma parte de un pasado que sólo le pertenece a él. Nada había cambiado en todos esos años, podría dibujar cada detalle de memoria.

Por ello, una vez dentro, quedó aún más sorprendido al ver que Sebastian tenía lo que parecía un secretario trabajando para él. Aquel señor mayor se encontraba atareado en la sala de espera, junto a la puerta de acceso al despacho. Estaba allí sentado en una silla plegable, tomando notas en

una vieja mesa de roble que habrían traído de la pequeña biblioteca del centro.

A Isaac le extrañó bastante, pues nunca había oído a Sebastian quejarse de exceso de trabajo; no porque no lo tuviera, sino porque era una persona organizada y no tenía reparos en dedicar más horas de las serían de agradecer. Igualmente, todo el presupuesto que gestionaba lo solía dedicar a aumentar la calidad de la estancia y de la educación de los chavales, y no a mejorar su propio bienestar.

En cualquier caso, era posible que estuviera muy ocupado debido a un pico puntual y, además, el aspecto de aquel lugar de trabajo no daba la sensación de ser permanente, así que Isaac no le dio más importancia.

Se dirigió hacia el sujeto, que seguía absorto en sus pensamientos y parecía que no se había percatado de su llegada.

—Perdone —carraspeó mientras señalaba tímidamente la puerta del despacho—. Querría entrar a hablar con... —dijo sin disponer de tiempo para terminar la frase.

—El director se encuentra ahora mismo muy ocupado —le interrumpió inmediatamente, justo antes de elevar pesadamente la mirada—. Si no dispone de cita, le sugiero que pida una. Estará gustoso de hablar con usted cuando le corresponda, gracias —su voz era calmada, pero su tono denotaba un leve hastío por su trabajo.

—Pues... no dispongo de cita —meditó pensativo—, voy a pedir una ahora mismo —replicó mientras daba un par de golpes con los nudillos y abría la puerta del despacho.

A Isaac le agotaba sobremanera que se eternizaran los formalismos, y tras decidir que la conversación con aquel hombrecillo no iba llegar a ningún sitio, entendió que era mucho más sencillo entrar directamente en el despacho. Sebastian sabía infundir respeto, pero, como contrapunto, con el tiempo suficiente te regalaba confianza como para tratarle con familiaridad, y a Isaac le gustaba utilizar su descaro para aprovecharse de ella. Por lo que seguramente entrar en su despacho de ese modo, sólo le costaría una

pequeña reprimenda.

—¿Qué hace? ¡No puede pasar ahí! —exclamó indignado aquel hombre al incorporarse, mientras se quitaba las gafas.

Nada más irrumpir en el despacho, pudo ver que algo también había cambiado en el interior. Demasiadas novedades para una persona como Sebastian, habituado a una rutina fija y austera. Al entrar, Isaac advirtió dichas variaciones en un orden más natural de lo que cabría pensar. En ocasiones, podía percibir un detalle insignificante, pero le costaba contemplar lo obvio. En este caso, al menos a simple vista, tres cosas le parecieron distintas: una de las librerías del despacho se encontraba amurallada mediante cajas, no sabría decir si alguien las estaba llenando o vaciando; en la mesa no había prácticamente papeles ni libros, hasta entonces parecía que alguien quisiera ocultar el color de la superficie del escritorio; y por último, definitivamente aquel señor sentado en el sillón del director no era Sebastian.

Isaac estaba perplejo. Desde su posición, habría visto esa perspectiva del despacho millones de veces, y ese hombre no encajaba de ninguna manera. Era como si estuviera pintado en el cuadro equivocado.

Sería un tipo de unos cincuenta y pocos años, ojos marrones apagados y cabello oscuro.

Al producirse tanto alboroto, aquel señor elevó la mirada sobre sus gafas de pasta, molesto por el ruido. Aún a pesar de no dar muestras de curiosidad, se dirigió a Isaac.

—¿Y usted es? —preguntó con desgana.

—Disculpe, señor director. Este chico ha entrado sin mi permiso —respondió inmediatamente el secretario, sin dejar tiempo a que Isaac recuperara el habla.

—No se preocupe —declaró a su asistente con la mirada extraviada—. No quiero parecer insensible, el chico puede quedarse, pero en adelante asegúrese de que las citas se programen como es debido. De otro modo, el centro podría caer en el caos —manifestó. Inicialmente se había mostrado reflexivo, como si nadie más estuviera en el despacho, sin embargo al terminar había redondeado su planteamiento con

un ligero tono infantil adoctrinador—. Puede retirarse —zanjó.

—Lo tomaré en cuenta señor director, gracias —se despidió, visiblemente alterado, y cerró la puerta desde fuera mientras mantenía los ojos fijos en Isaac.

El hipotético director miró a Isaac sin decir palabra y elevó las cejas dando a entender que estaba esperando a que se decidiera a hablar.

—Mi nombre es Isaac. Crecí aquí en el centro y quería hablar con el director para hacerle un propuesta en persona —explicó echando un vistazo a su alrededor, con la esperanza de que Sebastian estuviera escondido en algún cajón.

—Adelante entonces —comentó impaciente aquel tipo, mientras se atusaba el bigote.

—Es que quería hablar con Sebastian personalmente —respondió Isaac no entendiendo muy bien de qué iba todo aquello. Le parecía que aquel tipo tenía aspecto de hombrecillo resabiado.

—Mi nombre es Morgan y soy el nuevo director del centro. Sebastian falleció de un ataque al corazón hace ya tres meses y mi paciencia va camino de seguirle los pasos —declaró sin miramientos.

Isaac se quedó helado.

No podía creerlo. Por más que lo pensaba, no entendía cómo pudo haber pasado. La última vez que le vio estaba perfectamente. Debió de suceder justo la misma semana en la que estuvo con él. Le dolía no haber podido despedirse de la manera correcta. Resultaba molesto que su último recuerdo con él incluyera discusiones y malos gestos, pero sobre todo que no se hubiera podido enterar hasta ahora.

Aun así, se obligó a asumirlo rápidamente como algo natural. Se había acostumbrado a recibir reveses de ese tipo desde pequeño y por ello procuraba no depender de nadie. Por otro lado, lamentó haber tardado en decidirse a tomar la elección que Sebastian creía correcta. Cuando finalmente había dado el paso, ya era demasiado tarde como para compartir nada de aquello con él. Su compañía había

significado mucho más de lo que querría reconocer. Durante unos instantes, se mantuvo pensativo.

Pero había ido allí a plantear una idea y lo haría a pesar de todo.

—Pues lo que quería proponer, básicamente, era mi ayuda para orientar a los chavales. Creo que mi experiencia, dentro del centro y fuera de él, podría ser útil —expuso. Su tono había adoptado mayor decisión gradualmente.

—Isaac es su nombre, ¿no? —preguntó aquel hombre con falsa cortesía, pues no esperó a conocer la respuesta para continuar—. No voy a entrar en ciertos temas con usted, que ni le van ni le vienen, pero en resumidas cuentas, ni el centro se puede permitir gastos superfluos, ni creo que realmente su experiencia sea útil para nadie. Le he escuchado porque habría sido incorrecto no hacerlo... Y ahora, si no va a decir nada más, le ruego que abandone mi despacho. Otros expedientes requieren del tiempo que usted me está haciendo perder —manifestó sin rodeos.

En otra época, Isaac le habría mostrado bruscamente a aquel hombre sus verdaderas habilidades, pero Sebastian no estaría de acuerdo en que utilizara la violencia para hacerse respetar. En cualquier caso, no pudo contener las ganas de replicar una última vez, dándole su particular bienvenida al centro.

—En realidad —respondió Isaac con una media sonrisa, como el que habla del clima—, le agradezco su tiempo, pero me gustaría que quedara claro que no he pedido dinero. No buscaba ese tipo de compensación. En cambio, si a usted le interesan los premios, podría competir por el trofeo de director más gilipollas, va camino de conseguirlo. Lástima que no gaste el dinero en un secretario que no necesita, eso sería ya..., ah no espera —expuso con sarcasmo.

Aunque no lo pareciera, se había esforzado por ser lo más sutil posible. Era su manera de ayudarle a adaptarse a un entorno tan delicado.

Se produjo un ligero silencio, tras lo cual el director carraspeó y reanudó la conversación fingiendo no haber

escuchado nada.

—Como le digo, no tengo porqué darle explicaciones. No espero que lo entienda, sinceramente su opinión me es indiferente. Así que haga el favor de salir de mi despacho — aseveró el director, incrédulo por la actitud de Isaac.

Así lo hizo, escapó del despacho. Porque eso es realmente lo que pretendía, escapar, con la intención de no volver al centro. Y precisamente porque pensaba que no regresaría, reunió toda la fuerza de voluntad de la que era capaz y decidió dar un último paseo por allí.

Caminaba con paso firme pero pausado, como queriendo demostrarse a sí mismo que, en realidad, no deseaba terminar. Fue desde la escalera principal hasta la biblioteca, pasando por todas las habitaciones. Recorrió aquellos pasillos, que había transitado infinidad de veces desde pequeño, hasta que llegó a la zona de recreo.

Allí se sentó en un banco, justo al lado de lo que aparentaba ser media cancha de baloncesto. El suelo era de cemento, pero en él no había líneas pintadas y el banco hacía mucho que había olvidado su color original. Hasta las viejas farolas parecían brillar con indiferencia, cansadas de ver siempre el mismo paisaje.

Ya era de noche, la oscuridad le había ganado el pulso a la luz y teñía el cielo con su bandera.

Tras unos segundos mirando a su alrededor pensativo, como si tuviera un recuerdo concreto de cada esquina, de cada pintada en la pared, de cada brizna de hierba que crecía sin permiso entre las losas, se fijó finalmente en el asiento del

banco, y allí pudo reencontrar la palabra «Isaac» grabada en uno de los tablonés. Recogió una piedra del suelo y, no sin un ligero atisbo de duda, procedió a borrar la marca de su nombre.

Probablemente pensó que de esa manera ya no habría huella visible de que él hubiera estado allí. Nunca había creído que fuera a dejar un recuerdo imborrable en nada ni en nadie, y ahora tampoco tenía especial interés en recordar casi nada de aquello. No lo hizo por melancolía, sino por la misma razón que aquel que descubre una fotografía en el fondo de un cajón y la observa con detalle antes de quemarla. Era su particular forma de decir adiós, al centro y a Sebastian.

Comenzaba a hacerse tarde, por lo que tras deambular por los alrededores durante unos minutos, se dirigió hacia su apartamento. Si bien, como le solía suceder, su camino no se asemejaba a una línea recta.

Hablar con Sebastian siempre le dejaba pensativo, así que dada la ocasión, la reflexión le indujo a vagar más de lo habitual, probablemente con destino fijo, pero trazando un rumbo sinuoso.

El paseo y la meditación se prolongaron más de lo previsto, llegando a recorrer las calles durante horas. Se conocía bastante bien esa parte de la ciudad, pues desde pequeño había disfrutado corriendo entre aquellos edificios. A cada paso que daba, podía recordar anécdotas ahora agradables sobre travesuras pasadas.

Tras cruzar unas calles más, se adentró en un paso subterráneo sin iluminación. Aquel pequeño túnel peatonal tenía forma cilíndrica, e Isaac debía caminar ligeramente agachado para no golpearse en la cabeza con la parte superior. El olor y la sensación de humedad en el interior eran desagradables, así que aceleró el paso de manera inconsciente.

Al salir de él, se encontró de improviso con un pequeño grupo de personas. Su actitud era mucho más que sospechosa y no pareció que al advertir su presencia le observaran con

buenas intenciones.

Fue un mirada breve sin intención, pero vio más que suficiente. Cuatro tipos junto a un coche, dos de los cuales estaban metiendo, no sin esfuerzo, lo que parecía un cuerpo dentro del maletero. No sabría decir quién podría ser ese pobre desgraciado, pero poco importaba. Por su estado llevaba ya bastante tiempo muerto.

Dado lo oculto de la zona y la expresión en sus rostros, Isaac entendió que evidentemente no esperaban interrupciones de ningún tipo.

Lamentablemente, entendió que no podría servirse del entorno para salir airoso. Aquel barrio se había convertido, de manera espontánea, en un desguace improvisado para los vecinos y, por lo tanto, no era el sitio más adecuado para pedir ayuda o dar paseos. Aun así, no se arrepentía de haber elegido ese camino. Si bien procuraba evitar esa zona, y más a esas horas de la noche, le pillaba relativamente cerca del recorrido habitual hacia su apartamento y él nunca había sido un chico asustadizo.

El hombre que estaba más próximo al paso subterráneo, cuya labor parecía la de vigilar, se dirigió a él con actitud amenazante.

—¡Eh! ¿Qué coño haces aquí? —gritó frunciendo el ceño.

Isaac continuó su marcha como si no los hubiera visto ni oído, con la esperanza de que pensarán que no merecía la pena. En el pasado se vio envuelto en bastantes problemas, e incluso en su adolescencia se llegó a relacionar con pequeños delincuentes, pero Sebastian consiguió demostrarle que aquel no era el camino a seguir. Fue un breve periodo de tiempo en el que Isaac estuvo más perdido de lo que quería reconocer. En cualquier caso, siempre se había manejado bien en este tipo de situaciones, aunque indudablemente prefería no tener ningún percance, y aquel parecía muy serio, sobre todo al ser cuatro contra uno.

—¿Qué pasa?, ¿estás sordo? Te estoy hablando a ti, gilipollas —volvió a repetir con un tono aún más agresivo.

Aquel hombre era grande, pero no musculoso, incluso

tenía algo de tripa. No parecía cuidar mucho su apariencia; una incipiente barba y unas marcadas arrugas proporcionaban un aspecto curtido a sus facciones. Llevaba una americana de cuero desgastada sobre una camisa de cuadros abierta y debía de tener alrededor de sesenta años, o bien la vida no había sido del todo benévola con él. A primera vista no parecía tener muy buen sentido del humor. Si hubieran preguntado a Isaac, diría que su aspecto era de dueño de bar irlandés, signifique lo que eso signifique.

Visto que, obviamente, la débil táctica evasiva de Isaac no funcionó, tuvo que girarse. Lo hizo con desgana, como si tuviera que tratar a diario con ese tipo de gente y se le estuviera acabando la paciencia.

—Perdona, no te había oído, ¿qué decías? —procuraba parecer despistado y poco desafiante, pero estaba claro que no lo conseguía. En su lugar, cualquier otra persona habría mostrado algún síntoma de intranquilidad cuanto menos. Parecía que ya estaba resignado a encontrarse obstáculos. Uno más.

—¿No me habías oído? Joder, creo que no te das cuenta de la mierda en la que te has metido —dijo el voluminoso tipo acercándose amenazante hacia él.

Al oír su tono, Isaac comprendió que aquello no era un simple comentario provocador. Teniendo en cuenta el estado de conservación de ese cadáver, fruto probablemente de un ajuste de cuentas, quedaba claro que el cuerpo llevaría allí escondido meses, y por alguna razón trataban de trasladarlo. De ahí que, aunque no supieran con certeza lo que Isaac había visto, no podrían permitirse dejar posibles testigos. Es decir, el propósito principal de su expresión no era infundir miedo, sino comunicarle que se iban a ver forzados a deshacerse de él.

Justo en el momento en que más cerca se hallaba aquel tipo y mientras Isaac, casi decidido a huir, se apresuraba a observar su alrededor para determinar la mejor manera de escapar de aquel lío, se oyó un grito firme que provenía del grupo.

—¡Espera!, ¡no hagas nada!

Fue extraño, a Isaac aquella voz le resultó familiar. Hasta ahora no había tenido tiempo de mirar a la cara al resto de la banda y no se había dado cuenta, pero conocía a aquel chico, y bastante bien.

Era Marcos, un antiguo compañero del centro de menores. Durante unos años fueron amigos, aunque de eso hace ya algún tiempo, probablemente más del que Isaac recordaba. Su apariencia encapuchado, más serio y corpulento, y con aquellos guantes, resultaba temible.

Sin embargo, por lo que pudo distinguir a simple vista, Marcos mostraba al mismo tiempo un aspecto más envejecido de lo que cabría esperar, casi deteriorado. Incluso su cabello rubio, ahora largo, mostraba un desgaste en el brillo. A pesar de ser sólo año y medio mayor que él, parecía que aquellos ojos estuvieran cansados de seguir despiertos.

—Le conozco, iba conmigo al Hogar de Abraham — manifestó Marcos, como si eso pusiera punto y final a la conversación.

Al mismo tiempo, todos se fueron acercando a Isaac.

—Eso no cambia una mierda, chaval. Yo puedo querer mucho a mi perro, pero si me jode un negocio me lo cargo, joder —replicó otro de los tipos.

Por sus posiciones y su forma de comportarse parecían dos grupos distintos. A veces, las bandas pactaban una tregua temporal para eliminar a un enemigo común, quizá un soplón, y Marcos era con diferencia el más joven. Probablemente le habían traído para probar su valía. Era una práctica habitual, pero lo normal en esas ocasiones es que se mantuviera callado y no moviera un dedo hasta que se lo dijeran. Por su conducta, Isaac juraría que Marcos estaba en el grupo del tipo de la chaqueta. El amigo de los animales y el otro formarían parte de una banda distinta y tendrían menos paciencia.

Estos dos últimos se miraron entre ellos. Sí, Isaac lo tenía claro, intentarían que la situación se dilatara lo menos posible.

Pero Marcos no se daba por vencido.

—Estuvimos juntos durante mucho tiempo. En serio, sabrá mantener la boca cerrada —dijo mirando fijamente a los ojos de Isaac.

—Mira chaval, no tengo nada en contra tuya ni de tu amiguito, pero no me fío de nadie si no le conozco, y contigo ya estoy haciendo una excepción —dijo el que parecía el jefe del otro grupo dirigiéndose a Marcos.

Entre todos fueron rodeando a Isaac y, mientras lo hacían, uno de ellos se colocó detrás de él. Sacó disimuladamente su pistola, sin apuntarle, esperando a acordar una decisión definitiva.

—¿Y?, ¿qué vais a hacer?, ¿matarle aquí mismo? —preguntó Marcos con voz relajada. A pesar de que la situación no mejoraba, mantenía su intención de salvar a Isaac—. Estamos en las mismas. Debemos pensarlo mejor, alguien podría oír los disparos —argumentó utilizando la lógica, ya como último recurso.

—Tienes razón. No, no le vamos a disparar —dijo el hombre de la chaqueta de cuero—. Como bien dices, no hay que armar ruido. En cambio, tú tienes un cuchillo. Lo vas a hacer tú, Marcos. Y rápido —sentenció mirando al resto de los presentes con arrogancia.

Demostraba tener total confianza en él y en su destreza en el cuerpo a cuerpo. No sería fácil encontrar chicos con dos dedos de frente, y seguro que Marcos había exhibido, en muchas otras ocasiones, un talento nato.

Respiró profundamente.

—Ahora —exigió aquel tipo mientras asentía.

—Lo siento —dijo Marcos al girarse hacia Isaac.

No es que ahora se tuvieran cariño precisamente, pero con toda seguridad hubiera preferido no tener que luchar con él. Echó su capucha hacia atrás para estar más cómodo y sacó de su bolsillo una navaja mariposa, abriéndola con destreza.

Marcos le conocía muy bien, es más, durante un periodo de su juventud fueron inseparables, pero aun así ahora debía mostrar decisión y eficacia. Se acercó a él, a una distancia en la que en el pasado se habrían estrechado las manos, y se

preparó para asestar el primer navajazo.

En ese instante, un gato que debía de estar rebuscando entre la basura maulló sobresaltado, provocando la caída de uno de los cubos de metal.

Todos giraron levemente la cabeza inquietados por el alarmante ruido, excepto Isaac, que aprovechó la distracción para propinarle una patada a Marcos en su pierna adelantada, haciendo que perdiera ligeramente la estabilidad. A continuación, se giró para asestar un golpe seco en la mano del tipo que en ese instante comenzaba a alzar la pistola a su espalda, provocando la caída de la misma; y se recuperó de nuevo para retorcer el brazo de Marcos que empuñaba la navaja, intentando arrebatarla. Marcos dejó caer el cuchillo, de tal manera que pudo cogerlo en el aire con la otra mano y realizar un rápido movimiento para herir a Isaac, que evitó el filo de la navaja echando su cuerpo hacia atrás con agilidad.

Habían vuelto a la posición inicial, mirándose el uno al otro fijamente. Todo había pasado en un segundo, pero la situación seguía siendo la misma.

—Yo también lo siento, Marcos —alegó Isaac, casi susurrando—. Ya estaban casi convencidos —añadió con sorna, menos alterado de lo que cabría esperar.

Había decidido actuar porque sabía que no podía quedarse mucho más tiempo sin hacer nada, esperando a que a alguno de aquellos hombres se le agotara la paciencia, así que aguardó al momento que creyó adecuado. Pero, visto lo visto, la lucha se iba a dilatar más de lo esperado.

—¡Joder, Isaac! —protestó Marcos maldiciendo su falta de opciones. La situación ya no podría ser peor.

Para entonces, los demás ya habían desenfundado sus pistolas.

—¡Esperad! —ordenó el tipo de la chaqueta de cuero con la mirada perdida.

Era el único que no apuntaba directamente a Isaac, sostenía la pistola, pero dirigida hacia el suelo. Alzó la otra mano levemente para incitar a sus compañeros a que prestarán atención, ordenando silencio. Parecía haber

advertido un sonido lejano que le resultaba desagradablemente familiar. Era la sirena de algún coche de policía, que se oía intermitente y rondaba la zona. En unos minutos, un asunto ya casi olvidado se les iba de las manos.

Aún sorprendido por la habilidad para el combate de los dos chavales, el más que probable jefe del otro grupo le apremió.

—Leo —dijo llamando su atención, ese debía ser su nombre—. Sabes que jamás te diría cómo debes limpiarte el culo, pero cuanto antes terminemos con esto mejor. No olvides que hemos venido para zanjar el trabajo que teníamos a medio hacer —manifestó, queriendo reflejar sus prioridades. A pesar de ello, el tono de su voz denotaba respeto hacia aquel hombre.

Leo le miró de arriba abajo, aparentemente indignado por tener que recibir lecciones de mafiosillos de segunda. Se giró de nuevo a todos.

—No sabemos si viene hacia aquí, pero tampoco podemos perder más tiempo. Llévadle hacia los coches —decidió tras permanecer pensativo.

Aquel hombre intimidaba de verdad, y claramente no estaba acostumbrado a tener que repetir las cosas. Aun así, parecía que comenzaba a perder la paciencia. Por desgracia para ellos, Isaac era un hueso duro de roer y quedaba claro que no deseaban estar en aquel lugar más tiempo del necesario. Preferirían llevárselo a una zona más segura y acabar allí con aquel grano en el culo.

—Ya le has oído. Ve yendo poco a poco —ordenó uno de los matones, mientras le apuntaba. Pronunció cada palabra lentamente, como si hablara con un niño pequeño.

La tensión era palpable, y cualquier movimiento brusco podía desencadenar un final desagradable, al menos para Isaac.

—Marcos, el Isaac este y como cojones te llames tú en este coche, y tú y yo en el otro —exigió Leo mientras señalaba a unos y a otros con cara de pocos amigos. En cualquier caso, nadie le protestó ni la orden ni los modos.

El jefe de la otra banda y él irían en un coche aparte, sin fiambre ni invitado sorpresa, seguramente por lo que pudiera pasar mientras atravesaban ciertos barrios de la ciudad. Al mismo tiempo, Isaac, Marcos y el otro matón irían juntos en el vehículo más cercano, en cuyo maletero se encontraba el cadáver.

Cuando estos dos últimos ya estuvieron en el interior, y como última precaución antes de meterle dentro con ellos, Leo empujó a Isaac contra el coche y comenzó a cachearle mientras le apuntaba a la cabeza.

En ese preciso momento fue cuando el ruido de las sirenas de policía se distinguió inequívoco y extremadamente próximo. Ya estaban allí y, aunque fuera sorprendente, habían llegado enseguida. A pesar del súbito aumento de la claridad, no eran más que dos coches patrulla, pero se habían presentado en aquel concreto cruce de calles a toda velocidad. En sus rostros ya se podía intuir el reflejo azul e intermitente de las luces.

Tras experimentar la incómoda sensación inicial, el grupo de delincuentes se puso en marcha de inmediato.

El más ágil a la hora de reaccionar fue el tipo sentado en el asiento del piloto, justo en el coche en el que iba Marcos. Sin mediar palabra, al ver que no disponían de tiempo para meter a Isaac en el vehículo, pero que aquél se encontraba justo de pie a su lado, agarró con rapidez un extremo de su sudadera. Cerró con violencia la puerta y bloqueó el seguro con el antebrazo, consiguiendo que la ropa se quedara enganchada.

Evidentemente no estaba dispuesto a que Isaac se librara de ellos con tanta facilidad, y mucho menos a que más tarde pudiera dar una descripción detallada a la policía.

—Ya estás muerto— sentenció aquel tipo a través del cristal, mirándole fijamente, como si de un cura dando la extremaunción se tratara.

Isaac comprendió enseguida lo crítico de su nueva situación. Tiró con todas sus fuerzas y en repetidas ocasiones de la manija de la puerta sin éxito, mientras los dos coches arrancaban derrapando. Estaba enganchado al exterior de un

automóvil, que junto con otro vehículo huía de la policía, lo que le dejaba muy pocas opciones.

Era un chico rápido de piernas, así que comenzó a correr todo lo que pudo pegado al coche, pero resultaba obvio que a los pocos metros no podría seguir el ritmo y sería arrastrado, o lo que es peor, atropellado.

Durante una décima de segundo pensó en quitarse la sudadera o romperla, pero ninguna de las dos alternativas parecía factible. El vehículo tiraba de él con fuerza, por lo que no disponía de espacio para maniobrar lo suficiente, y el tejido no era de los que se rompen con facilidad.

Sólo le quedó recurrir a una solución provisional. Aprovechando una de las zancadas, flexionó ligeramente las piernas y, usándolas como apoyo, saltó sobre el coche justo en el momento a partir del cual ya habría perdido el equilibrio.

Tras el impulso, se agarró al techo y se colocó tumbado encima de él. Desde el interior del vehículo la escena debió de ser de lo más insólita. Parecería uno de esos espectáculos de acrobacias ecuestres, y quién lo iba a decir, ellos eran el animal amaestrado.

Sin embargo, los dos coches fugados tenían otros problemas. Callejaban sin descanso intentando librarse de la policía, mientras lograban esquivar el tráfico a duras penas. Al mismo tiempo, se había iniciado un tiroteo intermitente entre unos y otros. Marcos había desenfundado su pistola y vaciaba su cargador sobre uno de los coches patrulla, cada vez más cercano. No resultaba sencillo. Disparaba siempre y cuando el ancho del callejón le permitiera sacar la cabeza por la ventanilla y entre su blanco y él no se interpusiera el vehículo de Leo.

Hasta entonces, Isaac no le había visto jamás usar una arma de fuego. La verdad es que nunca le habían interesado demasiado, pero sabía que no era tarea fácil disparar con esa destreza desde un vehículo en movimiento. Quedaba claro

que ya no eran aquellos chicos traviesos que se criaron juntos. Habían pasado muchos años desde que su amistad concluyó definitivamente y, en cambio, el ruido de las sirenas ahora parecía no terminar nunca.

Isaac se encontraba boca abajo sobre el coche y se agarraba a él como podía. Por desgracia, la sudadera únicamente le permitía holgura para aferrarse al borde del lateral del vehículo, y los bandazos ocasionados por las curvas no ayudaban, sobre todo ahora que el coche comenzaba a dar mayores sacudidas. Parecía que el conductor se estuviera enrabiando, puesto que los volantazos eran cada vez más violentos. El propósito de su pequeño plan se estaba dilatando, y habría decidido acabar con Isaac por la vía rápida.

—Su puta madre —murmuraba, mientras giraba el volante bruscamente con furia.

Había que reconocer que pilotaba con maestría, siempre que no procurara deshacerse de Isaac. Conducir de ese modo estaba provocando que, en más de una ocasión, golpearan ligeramente a otros vehículos. Por desgracia para Isaac, eso hacía que se le complicaran aún más las cosas. No obstante, se mantenía aferrado al techo como podía, porque indudablemente le iba en ello la vida, pero cada segundo que permanecía encima del coche era una puñalada en el orgullo de aquel matón.

—¡Pégale un tiro, joder! —exclamó el irritado conductor a Marcos, que estaba más pendiente de recargar su arma y de hacer todo lo posible para despistar a la policía.

En ese punto de la persecución, ya no se podía ver el coche de Leo. Habrían buscado otra alternativa o alguna vía de escape, y ahora les perseguía sólo uno de los coches patrulla. Pero aun así, Marcos no debía de estar disfrutando del paseo precisamente. Era evidente, él también estaba mosqueado, así que respondió con una mirada de desprecio a su nuevo compinche. La situación se les había ido por completo de las manos.

Aparentemente, Marcos quiso aprovechar aquel momento para contestar a su compañero y dar salida, con un sólo gesto,

a ese cabreo momentáneo. Cogió el arma con ambas manos para contrarrestar el desequilibrio provocado por el vaivén de la persecución, y disparó desde el interior directamente al techo, justo en la parte del coche sobre la cabeza de su compañero de huida. El posterior estruendo retumbó en el vehículo como incómodo recuerdo de la violenta detonación.

El piloto dio de inmediato un volantazo y, desconcertado, volvió su rostro hacia él pidiendo explicaciones. Torcía la mandíbula, mientras presionaba su oído con la palma de la mano para intentar recuperar la audición. Marcos se justificó con un gesto de burla, mostrando su satisfacción por el deber cumplido.

En cualquier caso y, a pesar del disparo, Isaac aún se mantenía ahí arriba. De ahí que, por mucho que dilatara la llegada de aquel instante, Marcos sabía que ya no había vuelta atrás. Tenía que acabar cuanto antes con esa distracción que les impedía ganar tiempo y distancia con respecto al coche de policía. Se giró de espaldas a la puerta, resopló malhumorado, y sacó medio cuerpo por la ventanilla de su lado, decidido a dispararle a bocajarro.

En ese momento se vieron. Isaac tenía apoyada la cara sobre el techo del coche y le miraba fijamente a los ojos. Junto al brazo derecho, extendido y en tensión, aferrado a la vieja antena de radio del coche, se advertía un orificio de bala en la chapa.

A pesar de la fuerte oposición del viento, Marcos le apuntó firmemente a la cabeza. No le temblaba el pulso, aunque parecía meditar su decisión. Y así debió de ser, puesto que en el último momento, cambió de opinión y le encañonó al cuerpo. Allí estaban los dos, antaño amigos, con el aire sacudiéndoles con furia, en un coche que zigzagueaba por toda la ciudad en plena fuga.

Justo antes de disparar, Isaac pudo contemplar cómo una lágrima, causada probablemente por el aire, se resistía a abandonar la mejilla derecha de Marcos.

En ese instante, el coche de la policía les embistió. Fue un golpe súbito por la parte trasera derecha, que provocó que su

vehículo girara dando un par de vueltas sin control. El coche patrulla salió despedido y colisionó contra una vieja pared de ladrillo de un bajo abandonado.

Los dos vehículos se quedaron inmóviles. El sonido de la sirena se había extinguido por el accidente y, durante unos segundos, parecía que el único que respiraba con vida era el silencio, que surgió inesperado.

La policía era la que se había llevado la peor parte probablemente porque, a pesar de que habrían podido prever la colisión contra el muro, ésta había sido mucho más violenta de lo que habrían supuesto. La parte frontal del vehículo había resultado dañada de gravedad, y sus dos ocupantes, levemente heridos pero semiinconscientes.

En cambio, el coche de la huida, que permanecía en medio de la calle, no tenía ninguna parte de su chapa intacta, y sin embargo se mantenía funcional. Más o menos, se podría decir lo mismo de sus ocupantes. El conductor recobraba con apuros la estabilidad dentro del vehículo y Marcos sangraba por la nariz y aún se encontraba mareado. Se había golpeado la cara contra el techo, debido a su posición en el momento del choque. Como pudo, se fue colocando de nuevo en su asiento, mientras reparaba en que había extraviado el arma.

No vieron a Isaac, que se encontraba de rodillas en el suelo, con un brazo apoyado en el coche, todavía con parte de la sudadera enganchada y tirante.

La cabeza aún le daba vueltas. Rememoraba inconscientemente un instante de hace años, que ya ni recordaba. Cuando se despertó en idéntica postura y semejante estado mental tras liderar con éxito el asalto de la valiosa sacristía del centro de menores. Valió la pena cada segundo de aquel día, aunque a partir de entonces se prometiera no volver a probar el vino.

Pero, por desgracia, éste no era el caso. De manera instintiva, usó la mano que tenía libre para apretarse la frente con fuerza y recuperar el conocimiento. No pasó mucho tiempo hasta que pudo ubicarse de nuevo, momento en el cual recordó que se debía liberar cuanto antes.

Comenzó a levantarse con cierta pesadez, lo que desafortunadamente llamó la atención del aturdido conductor, que de inmediato trató de arrancar el coche.

A pesar de ello, el miedo no parecía dominar a Isaac. Apoyó las manos sobre el asfalto y, ya que no sabía qué más probar para zafarse, se levantó dispuesto a todo. Reunió todas las fuerzas que le restaban y propinó un puñetazo directo a una de las esquinas de la ventanilla del pasajero de atrás. Lamentablemente para él, las ventanillas eran de los pocos elementos del vehículo que se mantenían intactos y, a pesar del esfuerzo, no pudo romper el cristal. Siquiera parecía estar cerca de hacerlo.

Mientras, el conductor del automóvil logró, no sin dificultad, poner nuevamente en marcha el motor. Aceleró a toda velocidad y se fue acercando cada vez más a la fachada de uno de los edificios de la calle, invadiendo completamente el carril contrario. No resultaba complicado imaginar que, en esta ocasión, la idea del ahora furioso conductor era aplastar a Isaac contra la pared. Por lo que, dado que Marcos supo intuir las intenciones de su compañero, esta vez optó por abrocharse el cinturón y sujetarse a donde pudo, para disminuir en lo posible las consecuencias de un más que probable desenlace fatal.

Isaac intentaba volver a mantener el paso sin perder estabilidad, pero ya desesperado volvió a recurrir a su brazo. Aunque no lo pareciera, siempre había tenido un buen directo de derechas, pero ahora se encontraba cansado y mareado. Aun así, golpeó aquella ventanilla de nuevo con fuerzas asombrosamente renovadas. Por fortuna, consiguió romperla en mil pedazos. El tremendo impacto dejó algunos trozos de cristal en el cerco.

Sin tiempo para escrúpulos, se agarró al marco, quedando literalmente colgado de ella. Con la mano ensangrentada, retiró el bloqueo de la puerta delantera, ante los ojos atónitos del conductor, que dio un último volantazo hacia el muro.

Justo en el instante en el que el lateral izquierdo del coche fue a impactar contra la fachada, Isaac logró abrir la puerta

delantera, quedando finalmente liberado. Aun así, aquello no impidió que cayera al suelo y comenzara a dar vueltas sin control sobre sí mismo, hasta que acabó en mitad de la acera desorientado y maltrecho.

El coche rebotó descontrolado por el choque contra el muro. El latigazo obligó al conductor a realizar una maniobra para intentar dominar la trayectoria, pero ya era tarde. Se encontraban en mitad del carril contrario, y aunque se trataba de una calle poco transitada, un vehículo que circulaba en el sentido opuesto colisionó contra ellos.

Los dos coches habían intentado evitar el accidente con sendos frenazos y, a pesar de que el golpe fue prácticamente de lado, únicamente consiguieron que las consecuencias del mismo fueran desiguales. El automóvil de Marcos se fue desplazando con lentitud y por inercia hacia el bordillo opuesto, sin que el conductor mostrara señales visibles de vida. En cambio, el segundo vehículo salió despedido directamente hacia la acera, justo donde se encontraba Isaac.

Todo había pasado muy deprisa y aquel infortunado conductor sólo tuvo tiempo para virar su coche hacia un lado, luchando angustiado por no atropellarle.

Mientras tanto, Isaac trataba de ponerse de pie. A duras penas consiguió levantarse desorientado y magullado, pero al alzar la vista sintió un profundo escalofrío. Vio cómo aquel coche se abalanzaba sobre él a toda velocidad.

Sólo tuvo unas décimas de segundo para actuar y realmente lo intentó, pero no pudo hacerlo. Las fuerzas ya le habían abandonado.

Después de ser arrollado, su cuerpo se elevó y salió despedido unos metros.

Pasó algún tiempo hasta que Marcos logró salir del vehículo. Llevar el cinturón de seguridad probablemente le había salvado la vida. Se incorporó y así pudo echar un vistazo a su alrededor, reparando en aquel caos. A lo lejos, el coche de policía se mantenía empotrado contra el muro de ladrillo. La pareja de agentes del interior comenzaba a dar señales de vida. Todavía confusos por el accidente, parecían

tratar de centrarse y de ponerse en contacto con la centralita.

Ya más cerca, Isaac yacía inerte sobre la carretera, mientras el conductor del vehículo que le había atropellado se interesaba por su estado. Continuaba asustado, especialmente después de examinar con desasosiego la luna delantera destrozada de su vehículo.

Tras contemplar aquel escenario, Marcos volvió a la realidad. Rodeó el coche acariciando la chapa con los dedos y abrió con cierta dificultad la puerta del lado del conductor. Se había vuelto a cerrar por el golpe y se encontraba atascada.

Extendió el brazo para comprobar las pulsaciones de su compañero de huida, y observó sus inexistentes constantes vitales. A continuación, giró la llave en el contacto y se cercioró de que el motor ya no arrancaba. Cual rutinario protocolo de actuación, echó hacia delante aquel cuerpo sin vida para arrebatarle el arma de la espalda. Se incorporó de nuevo y, girándose, disparó en dos ocasiones al depósito del coche, al tiempo que se quitaba la sudadera. Posteriormente, buscó un mechero en los bolsillos de sus pantalones, se agachó y dejó la prenda en el suelo bajo el depósito. Aprovechando el goteo incesante de gasolina que él mismo había provocado, dejó que se impregnara de combustible y, tras varios intentos, la prendió.

Inmediatamente después, marchó hacia el lugar donde se encontraba Isaac. El conductor que de manera inevitable le había atropellado aún permanecía a su lado. Pese a que seguía en estado de shock, ver a un hombre como Marcos acercándose a él pistola en mano y con la cara ensangrentada hizo que aquel desconocido volviera en sí y se alejara de allí sin intención de mirar atrás.

Al llegar junto a Isaac, Marcos se mantuvo de pie y tocó ligeramente con una pierna su cuerpo. Le observaba reflexivo, pero sin aparentes muestras de sensibilidad.

Justo en ese momento, el coche accidentado explotó súbitamente, eliminando con toda probabilidad cualquier prueba que le relacionara a él o a Leo con el cadáver del maletero. No pareció que Marcos hubiera oído la detonación.

SI SU LUZ SE APAGA

Sus ojos continuaban fijos en Isaac, que permanecía inmóvil sobre el asfalto. El sonido de la policía y las ambulancias resonaba cada vez más cerca y más fuerte, y sin embargo él ya no podía oír nada.

Ni siquiera respiraba.